



espadas como labios
vicente aleixandre

Espadas como labios, tercer libro de Aleixandre, aún en sus páginas los temas eternos de la poesía: la vida, el amor, la muerte. No se trata de poesía pura, fría, aséptica, sino de poesía cálidamente humana. La destrucción o el amor es no sólo el libro que reveló la poderosa personalidad de Vicente Aleixandre como poeta, al tiempo que le situó entre los de mayor fuerza y originalidad, sino que es una de sus obras más fértiles y que más influencia ha ejercido en poetas de las generaciones posteriores.



Vicente Aleixandre

Espadas como labios

ePub r1.0

17ransor 28.05.14

más libros en epubgratis.net

Título original: *Espadas como labios*
Vicente Aleixandre, 1932
Diseño de cubierta: 17ramsor
Editor digital: 17ramsor
ePub base r1.1

*What is a poet? What is he worth?
What does he do? He is a babler.*
LORD BYRON

I
A DÁMASO ALONSO

MI VOZ

He nacido una noche de verano
entre dos pausas. Háblame: te escucho.
He nacido. Si vieras qué agonía
representa la luna sin esfuerzo.
He nacido. Tu nombre era la dicha;
Bajo un fulgor una esperanza, un ave.
Llegar, llegar. El mar era un latido,
el hueco de una mano una medalla tibia.
Entonces son posibles ya las luces, las caricias, la piel, el horizonte,
ese decir palabras sin sentido
que ruedan como oídos, caracoles,
como un lóbulo abierto que amanece
(escucha, escucha) entre la luz pisada.

LA PALABRA

Esas risas, esos otros cuchillos, esa delicadísima penumbra...
Abre las puertas todas.
Aquí al oído voy a decir.
(Mi boca suelta humo.)
Voy a decir.
(Metales sin saliva.)
Voy a hablarte muy bajo.
Pero estas dulces bolas de cristal,
estas cabecitas de niño que trituro,
pero esta pena chica que me impregna
hasta hacerme tan negro como un ala.
Me arrastro sin sonido.
Escúchame muy pronto.
En este dulce hoyo no me duermo.
Mi brazo, qué espesura.
Este monte que aduzco en esta mano,
este diente olvidado que tiene su último brillo
bajo la piedra caliente,
bajo el pecho que duerme.
Este calor que aún queda, mira ¿lo ves?, allá más lejos,
en el primer pulgar de un pie perdido,
adonde no llegarán nunca tus besos.
Escúchame. Más, más.
Aquí en el fondo hecho un caracol pequeñísimo,
convertido en una sonrisa arrollada,
todavía soy capaz de pronunciar el nombre,
de dar sangre.
Y...
Silencio.
Esta música nace de tus senos.
No me engañas,
aunque tomes la forma de un delantal ondulado,
aunque tu cabellera grite el nombre de todos los horizontes.
Pese a este sol que pesa sobre mis coyunturas más graves.
Pero tápame pronto;
Echa tierra en el hoyo;

que no te olvides de mi número,
que sepas que mi madera es carne,
que mi voz no es la tuya
y que cuando solloces tu garganta
sepa distinguir todavía
mi beso de tu esfuerzo
por pronunciar los nombres con mi lengua.
Porque yo voy a decirte todavía,
porque tú pisas caracoles
que aguardaban oyendo mis dos labios.

PARTIDA

Aquí los cantos, los grupos, las figuras;
oh cabezas, yo os amo bajo el sueño.
Aquí los horizontes por cinturas;
oh caricias, qué llano el mundo ha sido.
Entre helechos, gargantas o espesura,
entre zumo de sueño o entre estrellas,
pisar es zozobrar los corazones
(borda de miel), es tacto derramado
Esa ladera oculta,
esa montaña inmensa;
acaso el corazón está creciendo,
acaso se ha escapado como un ave
dejando lejanía como un beso.

MUERTE

He acudido. Dos clavos están solos
punta a punta. Caricia yo te amo.
Bajo tierra, los besos no esperados,
ese silencio que es carbón, no llama.
Arder como una gruta entre las manos,
Morir sin horizonte por palabras,
oyendo que nos llaman con los pelos.

CIRCUITO

Nostalgia de la mar.
Sirenas de la mar que por las playas.
quedan de noche cuando el mar se marcha
Llanto, llanto, dureza de la luna,
insensible a las flechas desnudadas.
Quiero tu amor, amor, sirenas vírgenes
que ensartan en sus dedos las gargantas
que bordean el mundo con sus besos,
secos al sol que borra labios húmedos.
Yo no quiero la sangre ni su espejo,
ignoro si la tierra es verde o roja,
si la roca ha flotado sobre el agua.
Por mis venas no nombres, no agonía,
sino cabellos núbiles circulan.

YA ES TARDE

Viniera yo como el silencio cauto.
(No sé quién era aquel que lo decía.)

Bajo luna de nácares o fuego,
bajo la inmensa llama o en el fondo del frío,
en ese ojo profundo que vigila
para evitar los labios cuando queman.
Quiero acertar quiero decir que siempre,
que sobre el monte en cruz vendo la vida,
vendo ese azar que suple las miradas
ignorando que el rosa ha muerto siempre.

MEMORIA

Un bosque de veleros.
Te he preguntado si vivías.
El viaje, si vieras qué lisura
sobre el brazo lejisimos al frente...
Horizonte, horizonte.
Te he mentido,
porque hay curvas. Muchas.
Escúchame. Mi nombre es azucena.
No humedezco los dientes que pronuncian
aunque un viento de luz cierre los ojos,
roce la delgadez que los defiende.
Escucha, escucha. Soy la luz perdida
que lapidan las aguas en el fondo.
Soy tu memoria muerta por los trópicos,
donde peces de acero sólido te imitan.

SILENCIO

Bajo el sollozo un jardín no mojado.
Oh pájaros, los cantos, los plumajes.
Esta lírica mano azul sin sueño.
Del tamaño de un ave, unos labios. No escucho.
El paisaje es la risa. Dos cinturas amándose.
Los árboles en sombra segregan voz. Silencio.
Así repaso niebla o plata dura,
beso en la frente lírica agua sola,
agua de nieve, corazón o urna,
vaticinio de besos, ¡oh cabida!,
donde ya mis oídos no escucharon
los pasos en la arena, o luz o sombra

SÚPLICA

Delgadas lenguas, cabelleras rubias,
ninfas o peces, ríos y la aurora.
Sobre el nivel del aire bandas lucen
pájaros, plumas, nácares o sueño.
¡Risa!
Cien fuerzas, cien estelas, cien latidos,
un mundo entre las manos o la frente,
una senda o jirafas de blancura,
un oriente de perlas sobre el labio,
todo un sentir a ritmo azul el cielo.
Dicha, dicha, navío por el brazo,
por la más difícil coyuntura,
por donde si aplicamos el oído

se oye el rumor de la caricia extrema.
Un dolor muy pequeño, si es que existe,
es una niña o papel casi traslúcido;
pueden verse las venas y el dibujo,
pueden verse los besos no emergidos.
Ríos, peces, estrellas, puntas, ansia,
todo transcurre –mármol y sonidos–;
sordas esteras pasan clausurando
esa delgada voz de corazones.

NACIMIENTO ÚLTIMO

Para final esta actitud alerta.
Alerta, alerta, alerta.
Estoy despierto o hermoso. Soy el sol o la respuesta.
Soy esa tierra alegre que no regatea su reflejo.
Cuando nace el día se oyen pregones o júbilos.
Insensato el abismo ha insistido toda la noche.
Pero esta alegre compañía del aire,
esta iluminación de recuerdos que se ha iluminado como una atmósfera,
ha permitido respirar a los bichitos más miserables,
a las mismas moléculas convertidas en luz o en huellas de las pisadas.
A mi paso he cantado porque he dominado el horizonte;
porque por encima de él –más lejos, más, porque yo soy altísimo–
he visto el mar, la mar, los mares, los no-límites.
Soy alto como una juventud que no cesa.
¿Adónde va a llegar esa cabeza que ha roto ya tres mil vidrios,
esos techos innúmeros que olvidan que fueron carne para convertirse en sordera?
¿Hacia qué cielos o qué suelos van esos ojos no pisados
que tienen como yemas una fecundidad invisible?
¿Hacia qué lutos o desórdenes se hunden ciegas abajo esas manos abandonadas?
¿Qué nubes o qué palmas, qué besos o siemprevivas
buscan esa frente, esos ojos, ese sueño,
ese crecimiento que acabará como una muerte recién nacida?

II
A FEDERICO GARCÍA LORCA

EL VALS

Eres hermosa como la piedra,
oh difunta;
oh viva, oh viva, eres dichosa como la nave.
Esta orquesta que agita
mis cuidados como una negligencia,
como un elegante biendecir de buen tono,
ignora el vello de los pubis,
ignora la risa que sale del esternón como una gran batuta
Unas olas de afrecho,
un poco de serrín en los ojos,
o si acaso en las sienes,
o acaso adornado las cabelleras;
unas faldas largas hechas de colas de cocodrilos;
unas lenguas o unas sonrisas hechas con caparazones de cangrejos.
Todo lo que está suficientemente visto
no puede sorprender a nadie.
Las damas aguardan su momento sentadas sobre una lágrima,
disimulando la humedad a fuerza de abanico insistente.
Y los caballeros abandonados de sus traseros
quieren atraer todas las miradas a la fuerza hacia sus bigotes.
Pero el vals ha llegado.
Es una playa sin ondas,
es un entrechocar de conchas, de tacones, de espumas o de dentaduras postizas.
Es todo lo revuelto que arriba.
Pechos exuberantes en bandeja en los brazos,
dulces tartas caídas sobre los hombros llorosos,
una languidez que revierte,
un beso sorprendido en el instante que se hacía «cabello de ángel»,
un dulce «sí» de cristal pintado de verde.
Un polvillo de azúcar sobre las frentes
da una blancura cándida a las palabras limadas,
y las manos se acortan más redondeadas que nunca,
mientras fruncen los vestidos hechos de esparto querido.
Las cabezas son nubes, la música es una larga goma,
las colas de plomo casi vuelan, y el estrépito
se ha convertido en los corazones en oleadas de sangre,
en un licor, si blanco, que sabe a memoria o a cita.
Adiós, adiós, esmeralda, amatista o misterio;
adiós, como una bola enorme ha llegado el instante,
el preciso momento de la desnudez cabeza abajo,
cuando los vellos van a pinchar los labios obscenos que saben.
Es el instante, el momento de decir la palabra que estalla,
el momento en que los vestidos se convertirán en aves,
las ventanas en gritos,
las luces en ¡socorro!
y ese beso que estaba (en el rincón) entre dos bocas
se convertirá en una espina.
que dispensará la muerte diciendo:
Yo os amo.

EN EL FONDO DEL POZO

Allá en el fondo del pozo donde las florecillas,
donde las lindas margaritas no vacilan,
donde no hay viento o perfume de hombre,
donde jamás el mar impone su amenaza,
allí, allí está quedo ese silencio
hecho como un rumor ahogado con un puño.
Si una abeja, si un ave voladora
si ese error que no se espera nunca
se produce,
el frío permanece;
El sueño en vertical hundió la tierra
y ya el aire está libre.
Acaso una voz, una mano ya suelta,
un impulso hacia arriba aspira a luna,
a calma, a tibieza, a ese veneno
de una almohada en la boca que se ahoga.
¡Pero dormir es tan sereno siempre!
Sobre el frío, sobre el hielo, sobre una sombra de mejilla,
sobre una palabra yerta y, más, ya ida,
sobre la misma tierra siempre virgen.
Una tabla en el fondo, oh pozo innúmero,
esa lisura ilustre que comprueba
que una espalda es contacto, es frío seco,
es sueño siempre aunque la frente esté cerrada.
Pueden pasar ya nubes. Nadie sabe.
Ese clamor... ¿Existen las campanas?
Recuerdo que el color blanco o las formas,
recuerdo que los labios, sí, hasta hablaban.
Era el tiempo caliente. —Luz, inmólame—.
Era entonces cuando el relámpago de pronto
quedaba suspendido hecho de hierro.
Tiempo de los suspiros o de adórame,
cuando nunca las aves perdían plumas.
Tiempo de suavidad y permanencia;
Los galopes no daban en el pecho,
no quedaban los cascos, no eran cera.
Las lágrimas rodaban como besos.
Y en el oído el eco era ya sólido.
Así la eternidad era el minuto.
El tiempo sólo una tremenda mano
sobre el cabello largo detenida.
Oh sí, en este hondo silencio o humedades,
bajo las siete capas de cielo azul yo ignoro
la música cuajada en hielo súbito,
la garganta que se derrumba sobre los ojos,
la íntima onda que se anega sobre los labios.
Dormido como una tela
siento crecer la hierba, el verde suave
que inútilmente aguarda ser curvado.
Una mano de acero sobre el césped,
un corazón, un juguete olvidado,
un resorte, una lima, un beso, un vidrio.

Una flor de metal que así impasible
chupa de tierra un silencio o memoria.

TORO

Esa mentira o casta.

Aquí, mastines, pronto; paloma, vuela; salta, toro,
toro de luna o miel que no despega.

Aquí, pronto; escapad, escapad; sólo quiero,
sólo quiero los bordes de la lucha.

Oh tú, toro hermosísimo, piel sorprendida,
ciega suavidad como un mar hacia adentro,
quietud, caricia, toro, toro de cien poderes,
frente a un bosque parado de espanto al borde.

Toro o mundo que no,
que no muge. Silencio;

vastedad de esta hora. Cuerno o cielo ostentoso,
toro negro que aguanta caricia, seda, mano.

Ternura delicada sobre una piel de mar,
mar brillante y caliente, anca pujante y dulce,
abandono asombroso del bulto que deshace
sus fuerzas casi cósmicas como leche de estrellas.

Mano inmensa que cubre celeste toro en tierra.

RESACA

Un alma, un velo o un suspiro,
un rápido paso camino de la luz,
un entrever difuso (luz, espérame),
esa esperanza ahogada por la prisa.

Este ancho mar permite la clara voz nacida,
la desplegada vela verde,

ese batir de espumas a infinito,
a la abierta envergadura de los dos brazos distantes.

Oh horizonte de viento quieto, lejanía.

Sospechas de dos mariposas de virgen
aquí donde las ondas son kilómetros

Una dulce cabeza, una flor de carbón navegan solas.

Solo faltaría una pluma, una pluma compuesta
hecha de dedos ciegos,

de abandonados ya propósitos de anteayer distante.

Así para tocarse, para comprobar la frente o el cuello,
la carencia de sangre,

ese reflejo verde parado por las venas,
mientras cercados por la densa ojera

están hundidos dos besos morados.

La flor en el agua no es un gemido.

No quemada, no ardida, boga callando,
reservando su perfume implacable

para correr como loco por las arterias ausentes.

La embriaguez de entonces, la belleza serena,
la voz naciente,

el mundo que adviene;

abrázame mientras tanto,

que al fin me entere yo cómo sabe una piel que sorprende.

Quién sabe si estas dos manos,
dos montañas de pronto,
podrán acariciar la minúscula pulpa
o ese dientecillo que sólo puede tocarse con la yema.
Si abandono mi mano sobre tu pecho,
oh, no mueras como un suspiro aplastado,
no disimules tu calidad de onda al fin opresa.
Pervive, oh mía, aquí sobre la playa ahora en fin que no vivo,
que puedo tenderme en forma de espuma y bañar unos pies no presentes
para retirarme a mi seno donde extremos navegan.

EL MÁS BELLO AMOR

Anteayer distante.
Un día muy remoto
me encontré con el vidrio nunca visto,
con una mariposa de lengua,
con esa vibración escapada de donde estaba bien sujeta.
Yo había llorado diez siglos
como diez gotas fundidas
y me había sentido con la belleza de lo intrascendido
contemplando la velocidad del expreso.
Pero comprendí que todo era falso.
Falsa la forma de la vaca que sueña
con ser una linda doncellita incipiente.
Falso lo del falso profesor que ha esperado
al cabo comprender su desnudo.
Falsa hasta la sencilla manera con que las muchachas
cuelgan de noche sus pechos que no están tocados.
Pero me encontré un tiburón en forma de cariño;
no, no: en forma de tiburón amado;
escualo limpio, corazón extensible, ardor o crimen,
deliciosa posesión que consiste en el mar.
Nubes atormentadas al cabo convertidas en mejillas,
tempestades hechas azul sobre el que fatigarse queriéndose,
dulce abrazo viscoso de lo más grande y más negro,
esa forma imperiosa que sabe a resbaladizo infinito.
Así, sin acabarse mudo ese acoplamiento sangriento,
respirando sobre todo una tinta espesa,
los besos son las manchas las extensibles manchas
que no me podrán arrancar las manos más delicadas.
Una boca imponente como una fruta bestial,
como un puñal que de la arena amenaza el amor,
un mordisco que abarcase toda el agua o la noche,
un nombre que resuena como un bramido rodante,
todo lo que musitan unos labios que adoro.
Dime, dime el secreto de tu dulzura esperada,
de esa piel que reserva su verdad como sístole;
duérmete entre mis brazos como una nuez vencida,
como un mínimo ser que olvida sus cataclismos.
Tú eres un punto, sólo una coma o pestaña;
eres el mayor monstruo del océano único,
eres esa montaña que navegando ocupa
el fondo de los mares como un corazón desbordante.

Te penetro callando mientras grito o desgarró,
mientras mis alaridos hacen música o sueño,
porque beso murallas las que nunca tendrán ojos,
y beso esa yema fácil sensible como la pluma.
La verdad, la verdad, la verdad es ésta que digo,
esa inmensa pistola que yace sobre el camino,
ese silencio –el mismo– que finalmente queda
cuando con una escoba primera aparto los senderos.

POEMA DE AMOR

Te amo, sueño del viento;
confluyes con mis dedos olvidado del norte
en las dulces mañanas del mundo cabeza abajo
cuando es fácil sonreír porque la lluvia es blanda.
En el seno de un río viajar es delicia;
oh peces amigos, decidme el secreto de los ojos abiertos,
de las miradas mías que van a dar en la mar,
sosteniendo las quillas de los barcos lejanos.
Yo os amo, viajeros del mundo, los que dormís sobre el agua,
hombres que van a América en busca de sus vestidos,
los que dejan en la playa su desnudez dolida
y sobre las cubiertas del barco atraen el rayo de la luna.
Caminar esperando es risueño, es hermoso,
la plata y el oro no han cambiado de fondo,
botan sobre las ondas, sobre el lomo escamado
y hacen música o sueño para los pelos más rubios.
Por el fondo de un río mi deseo se marcha
de los pueblos innúmeros que he tenido en las yemas,
esas obscuridades que vestido de negro
he dejado ya lejos dibujadas en espalda.
La esperanza es la tierra, es la mejilla,
es un inmenso párpado donde yo sé que existo.
¿Te acuerdas? Para el mundo he nacido una noche
en que era suma y resta la clave de los sueños.
Peces, árboles, piedras, corazones, medallas,
sobre vuestras concéntricas ondas, sí, detenidas,
yo me muevo y, si giro, me busco, oh centro, oh centro,
camino, viajeros del mundo, del futuro existente
más allá de los mares, en mis pulsos que laten.

MUÑECAS

Un coro de muñecas,
cartón amable para unos labios míos,
cartón de luna o tierra acariciada,
muñecas como liras
a un viento acero que no, apenas si las toca.
Muchachas con un pecho
donde élitros de bronce,
diente fortuito o sed bajo lo obscuro,
muerde –escarabajo fino,
lentitud goteada por una piel sedeña.
Un coro de muñecas
cantando con los codos,

midiendo dulcemente los extremos,
sentado sobre un niño;
boca, humedad lasciva, casi pólvora,
carne rota en pedazos como herrumbre.
Boca, boca de fango,
amor, flor detenida, viva, abierta,
boca, boca, nenúfar,
sangre amarilla o casta por los aires.
Muchachas, delantales,
carne, madera o liquen,
musgo frío del vientre sosegado
respirando ese beso ambiguo o verde.
Mar, mar dolorido o cárdeno,
flanco de virgen, duda inanimada.
Gigantes de placer que sin cabeza
soles radiantes sienten sobre el hombro.

ACABA

En volandas,
como si no existiera el avispero,
aquí me tienes con los ojos desnudos,
ignorando las piedras que lastiman,
ignorando la misma suavidad de la muerte.
¿Te acuerdas? He vivido dos siglos, dos minutos,
sobre un pecho latiente,
he visto golondrinas de plomo triste anidadas en ojos
y una mejilla rota por una letra.
La soledad de lo inmenso mientras medía la capacidad de una gota.
Hecho pura memoria,
hecho aliento de pájaro,
he volado sobre los amaneceres espinosos,
sobre lo que no puede tocarse con las manos.
Un gris, un polvo gris parado impediría siempre el beso sobre la tierra,
sobre la única desnudez que yo amo,
y de mi tos caída como una pieza
no se esperaría un latido, sino un adiós yacente.
Lo yacente no sabe.
Se pueden tener brazos abandonados.
Se pueden tener unos oídos pálidos
que no se apliquen a la corteza ya muda.
Se puede aplicar la boca a lo irremediable.
Se puede sollozar sobre el mundo ignorante.
Como una nube silenciosa yo me elevaré de mí mismo.
Escúchame. Soy la avispa imprevista.
Soy esa elevación a lo alto
que como un ojo herido
se va a clavar en el azul indefenso.
Soy esa previsión triste de no ignorar todas las venas,
de saber cuándo cuándo la sangre pasa por el corazón
y cuándo la sonrisa se entreabre estriada.
Todos los aires azules...
No.
Todos los agujones dulces que salen de las manos,

todo ese afán de cerrar párpados, de echar obscuridad o sueño,
de soplar un olvido sobre las frentes cargadas,
de convertirlo todo en un lienzo sin sonido,
me transforma en la pura brisa de la hora,
en ese rostro azul que no piensa,
en la sonrisa de la piedra,
en el agua que junta los brazos mudamente.
En ese instante último en que todo lo uniforme pronuncia la palabra:
ACABA

POR ÚLTIMO

Voy a cantar doblando;
canto con todo el cuerpo;
por levantar montañas dominadas,
por sonreír cuando la luna puede.
Soy, dicen, un jardín cultivado,
una masa de sueño no exprimido,
esa esperanza amada por lo próspero,
todo lo que se nombra o sonríe.
Así alejar un brazo como designio,
dejar que vaya lejos como no nuestro,
que compruebe el poniente o el dolor,
esos temores últimos tangibles.
La lontananza es una canción distraída;
mientras yo estoy besándote qué importa
que allí por los finales extinguiéndose
cinco, diez, treinta luces se queden mudas.
Tamborilear unos dedos remotos.
Que esa funesta sombra no acaricie,
que sí compruebe la veracidad de occidente
o la de nuestras carnes ya mortales.
Que yo aquí tenga la frente como un árbol,
que yo mismo me asuste. No, no quiero;
quiero besar como el jilguero pálido,
como la cera en que está convertido.
Quiero un bosque, una luna, quiero todo,
¿me entiendes? Todo, todo, hasta lo horrible,
esos cabellos de saliva extensa.
Pero allí, allí, allí lo remoto,
ese aroma que nace de la masa,
esa flor que hacia abajo busca el cielo
o el rostro contraído en el contacto.
No aquí. Aquí está tendido lo más fácil;
voy a inventar un cuento o una espuma;
aquí están las miradas o las aguas.
Dulces corrientes, fáciles promesas,
un rasguear de pérdidas o añoros,
una alabanza que se escucha y gusta
lo mismo que una cara que se borra.
Yo aspiro a lo blanco o la pared, ¿quién sabe?
Aspiro a mí o a ti o a lo llorado,
aspiro a un eso que se va perdiéndose
como diez dedos, humo o lo ya atónito.

Lejos veo el camino o el desprecio,
ese desdén ceñido por la prisa
que se evade si acaso como pájaro,
como si nada ya valiese el vuelo.
Nardo, jazmín o lúcidos rencores;
Luna mordiente o tálamo escupido;
todo es carbón que duele y que solloza
sobre lo falso vegetal que existe.

III
A MANUEL ALTOLAGUIRRE

VERDAD SIEMPRE

Sí, sí, es verdad, es la única verdad;
ojos entreabiertos, luz nacida,
pensamiento o sollozo, clave o alma,
este velar, este aprender la dicha,
este saber que el día no es espina,
sino verdad, oh suavidad. Te quiero.
Escúchame. Cuando el silencio no existía,
cuando tú eras ya cuerpo y yo la muerte,
entonces, cuando el día.
Noche, bondad, oh lucha, noche, noche.
Bajo clamor o senos, bajo azúcar,
entre dolor o sólo la saliva,
allí entre la mentira sí esperada,
noche, noche, lo ardiente o el desierto.

SIEMPRE

Estoy solo. Las ondas; playa, escúchame.
De frente los delfines o la espada.
La certeza de siempre, los no-límites.
Esta tierna cabeza no amarilla,
esta piedra de carne que solloza.
Arena, arena, tu clamor es mío.
Por mi sombra no existes como seno,
no finjas que las velas, que la brisa,
que un aquilón, un viento furibundo
va a empujar tu sonrisa hasta la espuma,
robándole a la sangre sus navíos.
Amor, amor, detén tu planta impura.

MADRE, MADRE

La tristeza u hoyo en la tierra,
dulcemente cavado a fuerza de palabra,
a fuerza de pensar en el mar,
donde a merced de las ondas bogan lanchas ligeras.
Ligeras como pájaros núbiles,
amorosas como guarismos,
como ese afán postrero de besar a la orilla,
o estampa dolorida de uno solo, o pie errado.
La tristeza como un pozo en el agua,
pozo seco que ahonda el respiro de arena,
pozo. —Madre, ¿me escuchas?: eres un dulce espejo
donde una gaviota siente calor o pluma.
Madre, madre, te llamo;
espejo mío silente,
dulce sonrisa abierta como un vidrio cortado.
Madre, madre, esta herida, esta mano tocada,
madre, en un pozo abierto en el pecho o extravío.
La tristeza no siempre acaba en una flor,
ni esta puede crecer hasta alcanzar el aire,
surtir. —Madre, ¿me escuchas? Soy yo que como alambre
tengo mi corazón amoroso aquí afuera.

DESIERTO

Lumen, *lumen*. Me llega cuando nacen
luces o sombra revelación. Viva.
Ese camino, esa ilusión es neta.
Presión que sueña que la muerte miente.
Muerte, oh vida, te adoro por espanto,
porque existes en forma de culata.
Donde no se respira. El frío sueña
con estampido-eternidad. La vida
es un instante
justo para decir María. Silencio.
Una blancura, un rojo que no nace,
ese roce de besos bajo el agua.
Una orilla impasible donde rompen
cuerpos u ondas, mares, o la frente.

PALABRAS

Pero no importa que todo esté tranquilo.
(La palabra esa lana marchita.)
Flor tú, muchacha casi desnuda, viva, viva
(la palabra, esa arena machacada).
Muchacha, con tu sombra qué dulce lucha
como una miel fugaz que casi muestras bordes.
(La palabra, la palabra, la palabra, qué torpe vientre hinchado.)
Muchacha, te has marchado de espuma delicada.
Papel. Lengua de luto. Amenaza. Pudridero.
Palabras, palabras, palabras, palabras.
Iracundia. Bestial. Torpeza. Amarillez.
Palabras contra el vientre o muslos sucias.
No me esperes, ladina nave débil,
débil rostro ladeado que repasas
sobre un mar de nácar sostenido por manos.
Nave, papel o luto, borde o vientre,
palabra que se pierde como arena.

REPOSO

Una tristeza del tamaño de un pájaro.
Un aro limpio, una oquedad, un siglo.
Este pasar despacio sin sonido,
esperando el gemido de lo oscuro.
Oh tú, mármol de carne soberana.
Resplandor que traspasas los encantos,
partiendo en dos la piedra derribada.
Oh sangre, oh sangre, oh ese reloj que pulsa
los cardos cuando crecen, cuando arañan
las gargantas partidas por el beso.
Oh esa luz sin espinas que acaricia
la postrer ignorancia que es la muerte.

IDA

Duerme, muchacha.
Lágrimas de plomo,
ese jardín que dulcemente oculta

el tigre y el luzbel
y el rojo no domado.
Duerme, mientras manos de seda,
mientras paño o aroma,
mientras caídas luces que resbalan
tiernamente comprueban la vastedad del seno,
el buen amor que sube y baja a sangre.
Amor.
Como esa maravilla,
como ese blanco ser que entre flores bajas
enreda su mirada o su tristeza.
el paisaje secunda el respirar con pausa,
el verde duele el ocre es amarillo,
el agua que cantando se aproxima
en silencio se marcha hacia lo oscuro.
Amor,
como la ida,
como el vacío tenue que no besa.

SIN RUIDO

Yo no sé si me has comprendido.
Es mucho más triste de lo que tú supones.
Esta música, sapiencia del oído;
no me interrumpas sin amor, que muero.
Voy a vivir, no cantes, voy, estaba.
Una lámina fina de quietud.
Así se sabe que la idea es carne,
una gota de sangre sobre el césped.
No respiréis, no mancho con mi sombra.
Un navío, me voy, adiós, el cielo.
Hielo de sangre, sangre que soporta.
Nave de albura. Adiós. Viaje. Extinguido.

SON CAMPANAS

Corazón estriado
bajo campanas muertas pide altura.
Campanas son campanas,
son latidos ocultos de un giro que no llega.
El pueblo en lontananza
del tamaño de un ojo entornado
yace en verde sin respirar aún,
medio camino o brazo tibio al beso.
Campanas de la dicha,
de una sed de espiral donde un grito mudo
del tamaño de un niño moribundo
no acaba de caer como nieve a los hombros.
Blandura de un paisaje de suspiros
por el que andar no cuesta aunque ese mar se altera
al respirar despacio una tristeza o lámina comida.
Mientras suenan campanas
como zapatos tibios
descabalados en la tarde suave;
mejilla son que pide ser pisada,

mientras suspira un alba aún bajo tierra.

INSTANTE

Mira mis ojos. Vencen el sonido.
Escucha mi dolor como una luna.
Así rondando plata en tu garganta
duerme o duele.

O se ignora.

O se disuelve.

Forma. Clamor. Oh cállate. Soy eso
Soy pensamiento o noche contenida
Bajo tu piel un sueño no se marcha
un paisaje de corzas suspendido

TEMPESTAD ARRIBA

Remota sensación de tempestades;
sedosa exploración la ternura
rompe telillas de arañas mientras el rayo
busca cabellos lúcidos por los que descargar de sí mismo.
Pero aquí abajo la seda es reposo,
suavidad, entretiempos, palabra entre dos labios;
puede el rayo ser acaso esqueleto,
pero la carne mórbida es una lancha amable.
Abajo, aquí, ¿adónde?, bogando entre dos ruidos,
sin reparar en el granillo de arena,
en ese dolor de la vista que mira a poniente
escocido y presintiendo el mar que aspira.
La luz fría;
he dicho un reloj o majestad pausada,
he dicho un ramo de violetas o de trenzas,
he dicho lo que vengo diciendo, he dicho un filo
sobre el que dormir con riesgo.
Mantas con alas se van: desnudo frío;
se van y tiran de las flores;
arriba ya nubes sin aroma desfilan ya cristal,
flores de piso huidas, pies desnudos.

EL FRÍO

La inocencia reclama su candor
(bajo un monte una luna o lo esperado),
la inocencia está muda (pez, aguárdame),
aquí en esta muralla están las letras.
Acariciar unos senos de nácar,
una caja respira y duele todo,
acariciar esta oculta ceniza,
bajo carmín tus labios suspirando.
No se evaden las almas como pliegos,
ese papel doblado por los bordes,
por lo que más duele si sonríen
cuando la luz escapa sin notarse.

RÍO

El breve tránsito de la lucha,
la llanura o la aspereza insólita,

esa muchacha recogida en dos golfos,
todo lo que extendido medita,
permite un azul distante hecho de música o lino,
el tránsito otra vez a esas bolas de paño,
a esa dulce sensación de que el respiro se acaba,
de que vidrieras sordas van a empezar su centelleo
y un agua casi doncella te va a llegar hasta los labios.
Así la muerte es flotar sobre un recuerdo no vida,
sobre ese azul postrero hecho de lágrimas oídas,
de ese laberinto de hilos que como manos muertas
ponen una azucena como un mundo ciñendo.

IV
A LUIS CERNUDA

SALÓN

Un pájaro de papel
y una pluma encarnada,
y una furia de seda,
y una paloma blanca.
Todo un ramo de mirtos
o de sombras coloreadas,
un mármol con latidos
y un amor que se avanza.
Un vaivén obsequioso
de momentos o pausas,
un salón de walkyrias
o de damas desmayadas.
Una música o nardo
o unas telas de araña,
un jarrón de cansancios
y de polvos o nácar...
Todo dulce y dolido,
todo de carne blanca;
amarillez y ojera,
y pábilo y estancia.
Amor, vueltas, caídas,
mariposas, miradas,
sonrisas como alambres
donde la cera canta;
pájaros, caja, música,
mangas, vuelos y danza,
con los pechos sonando
bajo las llamas pálidas.
Cinturas o saliva,
hilos de finas platas,
besos por los dorados
limones que colgaban.
Tú, calor que ascendiendo
chocas carnes de lata,
pones besos o líquenes
por humedades bajas,
llevas vientres o conchas
o perezosas barcas
y axilas como rosas
sueltas de madrugada,
misterios de mejillas
a la deriva amadas
y oídos y cabello,
desmayos voces bajas...
Golfo ancho detenido
junto a la orilla baja,
salón de musgo y luna
donde el amor es alga,
donde los trajes húmedos
son piel que no se arranca
cuando entre polka y brisa

despunta hacia el alba.

SUICIDIO

Carne de cristal triste intangible a las masas.
Un farol que reluce como un seno mentido.
Aquí junto a la luna mi voz es verdadera.
Escúchame callando aunque el puñal te ahogue.
Yo era aquel muchacho que un día
saliendo del fondo de sus ojos
buscó los peces verdaderos
que no podía ver por sus manos.
Manos de ocho montañas,
confabulación de la piedra,
dolor de sangre en risco
insensible a los dientes.
Bajo las estrellas de punta
hay gritos que se avecinan.
Bajo mi corazón de resorte
lenguas mudas estallan.
Abridme el mundo, abridme;
quiero iluminar sólo un beso,
unos labios que irritan
árboles despiadados.
Están colgadas piernas
anidadas de pájaros.
Se ven extraños puentes
que enlazan los dos muslos.
Un calambre expirando
dice su voz insólita
y los pies por los troncos
aspiran a la copa.
Luces por las axilas, luces,
luces en forma de tobillos,
y esa cintura estrecha
que traspasó la luna.
Los ojos son caricias del viento,
son un dolor que va a olvidarse pronto,
en cuanto los cabellos sepan hablar despacio,
ahora que caen sobre los oídos últimos.
Corazones con alas, codos núbiles,
esa opresión que dulcemente mueve
una música nacida de la espalda.
La ignorancia es el roce de los pechos nacidos.
Oh mares que no existen bajo toda raíz,
árboles sustentados sobre bocas que laten,
ojos que se avecinan al cielo cuando baja,
cuando sobre las frentes las ideas son dedos.
Sangre en los peñascales, sangre por los espantos,
ramas que de los pulsos crecen hasta las voces,
cuerpo que pende al viento ya sin limitaciones,
herido por las lenguas que chupan sus hormigas.

LIBERTAD

Esa mano caída del occidente,
de la última floración del verano,
arriba lentamente a los corazones
sencillamente como la misma primavera.
Las mismas bocas más frutales,
la tierna carne del melocotón,
el color blanco o rosa,
el murmullo de las flores tranquilas,
todo presiente la evaporación de la nube,
el cielo raso como un diente duro,
la firmeza sin talla brilladora y amante.
El aroma, el no esfuerzo para perdurar,
para ascender,
para perderse en el deseo alto pero logable,
todo esto está dichosamente presidido por el mediodía,
por lo radioso sin fin que abarca al mundo como un amor.
Una inmensa mariposa de brillos,
un respirar batiente que pasa sin recelos
dadivoso de dichas perfectamente compartidas,
va y viene en forma de belleza en forma de transcurso,
haciendo al tiempo justamente un instante a vista de pájaro.
Ni palmas ni brillos, ni mucho menos ya primores.
Sino lo liso, lo raso, lo tenso y lo infatigable.
Esa senda hecha para la planta de oro,
también para los labios,
para recorrerla despacio,
para ir diciendo los nombres o los horizontes,
para que todo lo más en un momento de desfallecimiento
[se pueda uno convertir en río.
No pido despacio o de prisa,
no pido más que libertad,
Pido que todos vayan allá, más lejos,
y allá me esperen mucho tiempo,
hasta que troncos lisos sin pavor den señas de su existencia.
Porque yo soy escéptico.
La libertad en fin para mí acaso consiste en una gamuza,
en esa facilidad de abrillantar los dientes,
de responder con mi propio reflejo a las ya luces extinguidas.
Pido señales o pido indiferencia.
Se me puede creer si digo que a veces un brazo pesa más que otro astro,
que un párpado de espuma respira quietamente pero que nunca accederá a dormir
[en nuestro seno.
Pido sobre todo no lamentos, no saluciones o visos;
que todo pase como debe.
Fila infinita de tormento olvidado que duele,
preocupado únicamente de no ver mojado su zapato por esa espuma negra.

PLAYA IGNORANTE

Entrar sin música en el mar; vengo del mundo,
del mundo o del agotamiento.
No pido espinas ni firmeza; arenas, ignoradme.
Vengo soltando música por los talones verdes;
algas del mar, no agitéis vuestros odios,

no adormezcáis la onda hecha un lecho de luna
donde yo me distienda olvidando mi peso.
Combatido por la más pura batalla de las uñas,
entre un remolino de pelos que me quiere alzar hasta un ojo divino,
no busco cielos ni turquesas, ni esa rotundidad inviolable
contra la que nada puede el alto grito.
Estoy sentado y humedecido mecido por mis calores
y las aguas traspasan mis oídos traslúcidos.
No aprenderé las palabras que me están rozando,
ni desliaré mi lengua de debajo de mis pisadas.
Pienso seguir así hasta que el agua se alce,
hasta que mi piel desprendida deje sueltos los ríos.
Oh mares que se suceden contra mi cuerpo inmóvil,
peces espadas y ojos que queman bajo las aguas,
si canto pareceré la marea esperada
y asomaré a la playa con la timidez de la espuma.

CON TODO RESPETO

Árboles, mujeres y niños
son todo lo mismo: Fondo.
Las voces, los cariños, la nitidez, la alegría,
este saber que al fin estamos todos.
¡Sí! Los diez dedos que miro.
Ahora el sol no es horrendo como una mejilla dispuesta;
no es un ropaje, ni una linterna sin habla.
No es tampoco la respuesta que se escucha con las rodillas,
o esa dificultad de tocar las fronteras con lo más blanco de los ojos.
Es ya el sol la verdad, la lucidez, la constancia.
Se dialoga con la montaña,
se la cambia por el corazón;
se puede seguir marchando ligero.
El ojo del pez, si arribamos al río,
es justo la imagen de la dicha que Dios nos prepara,
el beso ardentísimo que nos quebranta los huesos.
Sí. Al fin es la vida. Oh qué hermosura de huevo
este amplio regalo que nos tiende ese Valle,
esta limitación sobre la que apoyar la cabeza
para oír la mejor música, la de los planetas distantes.
Vamos todos de prisa,
acerquémonos a la hoguera.
Vuestras manos de pétalos y las mías de cáscara,
estas deliciosas improvisaciones que nos mostramos,
valen para quemarlas para mantener la confianza en el mañana,
para que la conversación pueda seguir ignorando la ropa.
Yo ignoro la ropa. ¿Y tú?
Yo vestido con trescientos vestidos o cáñamo,
envuelto en mis ropones más bracos,
conservo la dignidad de la aurora y alardeo de desnudeces.
Si me acariciáis yo creeré que está descargando una tormenta
y preguntaré si los rayos son de siete colores.
O a lo mejor estaré pensando en el aire
y en esa ligera brisa que riza la piel indefensa.
Con la punta del pie no me río,

más bien conservo mi dignidad,
y si me muevo por la escena lo hago como un excelente,
como la más incauta hormiguita.
Así por la mañana o por la tarde
cuando llegan las multitudes yo saludo con el gesto,
y no les muestro el talón porque eso es una grosería.
Antes bien, les sonrío, les tiendo la mano,
dejo escapar un pensamiento, una mariposa irisada,
mientras rubrico mi protesta convirtiéndome en estiércol.

BLANCURA

Espina tú, oído blanco,
Mundo, mundo,
inmensidad del cielo, calor, remotas tempestades.
Universo tocado con la yema,
donde una herida abierta
ayer fue abeja, hoy rosa, ayer lo inseparable.
Soy tú rodando entre otros velos,
silencio o claridad, tierra o los astros;
soy tú yo mismo, yo, soy tú, yo mío,
entre vuelo de mundos bajo el frío,
tiritando en lo blanco que no habla,
separado de mí como un cuchillo
que separa dos rosas cuando nieva.

MUDO DE NOCHE

Las ventanas abiertas.
Voy a cantar doblando.
Canto con todo el cuerpo,
moviendo músculos de bronce
y sosteniendo el cielo derrumbado como un sollozo retenido.
Con mis puños de cristal lúcido quiero ignorar las luces,
quiero ignorar tu nombre, oh belleza diminuta.
Entretenido en amanecer,
en expulsar esta clarividencia que me rebosa,
siento por corazón un recuerdo, acaso una pluma,
acaso ese navío frágil olvidado entre dos ríos.
Voy a virar en redondo.
¿Cómo era sonreír, cómo era?
Era una historia sencilla, fácil de narrar, olvidada
mientras la luz se hacía cuerpo y se llevaban las sangres.
Qué fácil confundir un beso y un coágulo.
Oh, no torzáis los rostros como si un viento los doblase,
acordaos que el alba es una punta no afilada
y que su suavidad de pluma es propicia a los sueños.
Un candor, una blancura, una almohada ignorante de las cabezas,
reposa en otros valles donde el calor está quieto,
donde ha descendido sin tomar cuerpo
porque ignora todavía el bulto de las letras,
esos lingotes de carne que no pueden envolverse con nada.
Esta constancia, esta vigencia, este saber que existe,
que no sirve cerrar los ojos y hundir el brazo en el río,
que los peces de escamas frágiles no destellan como manos,

que resbalan todas las dudas al tiempo que la garganta se obstruye.
Pero no existen lágrimas.
Vellones, lana vivida, límites bien tangibles
descienden por las laderas para recordarme los brazos.
¡Oh sí!, la tierra es abarcable y los dedos lo saben.
Ellos ciegos de noche se buscan por las antípodas,
sin más guía que la fiebre que reina por otros cielos,
sin más norte, oh caricia, que sus labios cruzados.

CADA COSA, CADA COSA

Hoy estoy más contento
porque monto un caballo de veras,
porque los estribos hechos de hierro
aprietan un vientre desnudado.
La dureza del mundo no existe, ni las canciones se osifican.
Las serpientes consiguen ser serpientes y las cintas son cintas.
No es fácil confundir un ojo y una estrella.
A nadie se le ocurriría apellidar a la Luna Señora.
Un bello guante de mimbre,
suave *malgré tout*,
encuentra su empleo precisamente en este día.
Y una cabeza de cartón descolgada
se lamenta de no ser más que eso...: elegancia.
Porque todo quiere ser más.
Yo tengo un primo hermano,
un abrazo extremoso,
un reloj hecho de primavera,
una carita de enana que guardo como recuerdo de una excursión al Africa
ecuatorial,
cuatro vasos hechos de telas de araña recogidas de labios mudos por tres meses.
Tengo muchas cosas.
Pero todas quieren ser más.
Mi prima Rosalía,
la linda doncellita que en su niñez fue un cerdito o crujido,
mi enamorada Rosa que se callaba siempre ante el siseo de otras aguas,
más pequeñita que nunca,
se empeñaba siempre en enseñarme cómo deben ser los muslos por los labios.
Recuerdo que un barco,
un pincel,
un saludo por la calle,
una rana cariñosa o sencillamente el bostezo,
todo junto aspiraba también a la política,
a explicarme finalmente por qué las cocinas económicas renunciaron
[para siempre al amor.
Cada cosa debe estar en su sitio.
A mí me gusta dormir sobre un dado.
Una mano, la izquierda, acostumbrada a tomar el mundo para que descanse,
no se acostumbra como yo quiero a ser solo lo que es: indiferencia.
Por dondequiera ve cabezas,
o planchas calientes,
o inicia saludos y pretende tener una ronca voz y hasta
[una forma respetable,
y deponer sus quejas ante lirios o canapés o luces que no interrumpen.

Si yo acaricio un escarabajo,
si me rebajo para decir ternezas al águila caudal,
si sello mis labios y me hago impenetrable a las preguntas
[de los peces fríos,
el Sol se detiene, se alarga, se convierte en escala,
desciende y se entretiene en establecer tiendas de aparatos eléctricos.
¡Oh, no! ¡La falsedad, no!
Todo de verdad.
No importa que mi reloj de carne se calle siempre
y mienta un lejano pitido dos calles más arriba cuando yo estoy aquí
[hablando con vosotros.
Tampoco importa que un dulce zapato de cristal, besado
[por la Cenicienta, sirva diariamente para acarrear cadáveres
[de sombra o ternura.
Todo está bien. Pero está mejor ser de verdad.
Ser de verdad lo que es, lo que es solo.
Por ejemplo, “esperanza”.
Por ejemplo, “cuadrado”.
Por ejemplo, “estepario”.
Todo lo que realmente tiene un sentido.
Buenas noches.
Con este abrigo hecho de palasan, dé ternura o pelagra
—aunque no sé bien lo que es esta palabra—,
me voy a recorrer ahora las diferentes formaciones,
a ver si todo está en orden;
porque me han dicho que falta algún extremo :
ignoro si el que limita al Norte con las mesas de billar
o el que al Sur linda con las bandas de música.

DONDE NI UNA GOTA DE TRISTEZA ES PECADO

Allá en los montes otros,
cuerpo perdido, mares retirados;
allá en los montes otros,
donde ni una pena pequeña o engendrada
se lamenta como un hilo blanco,
como la brisa o barco derivando.
Allá por las serenas
luces de más allá, más todavía,
por donde los navíos como rostros
dulcemente contraídos no llevan su pasaje,
pero resbalan mudos
hasta dar en lo opaco como lienzos.
Todos dormidos,
mares, túneles, vientres y cadenas.
todos respirando despacio
una tinta emitida por una boca triste,
todos echando luz o pena como lana,
todos aquí besando el cristal mágico.
Como leche extendida,
como zozobra que se aplaca,
como empañado espejo que no es ojo
porque como está gris el humo es suyo,
todos piedras redondas como cielo

descansan su destino tibiamente.
Adiós. Ruedan las dichas,
ruedan penas de hierba sosegada,
ese rumor blandura o esperanza,
crepitan ya los ayes amarillos
que bajo el pie son aguas como espejos.
Inauguran festejos las espinas
que en silencio desfilan sin herirse,
estallan los contactos al pasaje
bajo nubes rizadas como adioses.

Adiós.

Bajo las sombras,
por entre las ruinas y los pechos,
tropezando en esquinas o en latidos,
sombra, luna, pavor velando pasan,
mundo

(adiós)

trasladado

(amor)

remoto.

FORMAS SOBRE EL MAR

Como una canción que se desprende
de una luna reciente
blandamente eclipsada por el brillo de una boca.
Como un papel ignorado
que resbala hacia túneles
precisamente en un sueño de nieves.
Como lo más blanco o más querido.
Así camina el vago clamor de sombra o amor.
Como la dicha.
Vagamente cabezas o humo,
ese abandonarse a la capacidad del sueño,
con flojedad aspira al cenit sin esfuerzo,
pretendiendo desconocer el valor de las contracciones.
Si me lamento,
si lloro como un traje blanco,
si me abandono al va y ven de un viento de dos metros,
es que indudablemente desconozco mi altura,
el vuelo de las aves
y esa piel desprendida que no puede ya besarse más que en pluma.
Oh, vida.
La luciérnaga muda,
ese medir la tierra paso a paso
está lleno de conciencia,
de espiras, de anillos o de sueño
(es lo mismo),
está lleno de inmóvil para lo que está prohibido un corazón.
Clavos o arpones,
canciones de los polos,
hielos de Islandia o focas esperadas,
debajo por la piel que no duele y enfría,
no impide el sentir,

el ver dibujo,
el ver corales lentos transcurrir como sangre,
como respuestas,
como presentimiento de formas sobre el mar.
¿Son almas o son cuerpos?
Son lo que no se sabe.
Esas fronteras deshechas de tocarse las dos filas de dientes,
ese contacto de dos cercanías
que tan pronto es el mar
como es su sombra erguida,
como es sencillamente la mudez de dos labios.
Así el mundo es entero,
el mundo es lo no partido,
lo que no puede separar ni el calor
(que ya es decir),
lo que es únicamente no atender a lo urgente,
conservar bajo cáscara cataratas de estancia,
de quietud o sentido,
mientras pasa ya el tiempo como nuez,
como lo que ha desalojado el mar súbito a besos,
como los dos labios a plomo
triste a luces o nácar bajo esteras.